

menzamos á ser ya adultos. ¿Cuántos hay que, mientras fueron pequeñitos, se vieron favorecidos con consolaciones las mas dulces, con inspiraciones las mas santas, con llamamientos los mas tiernos y suaves; y apenas hubieron salido de la primera edad, dejaron de experimentar semejantes favores, como si Dios se hubiese retirado de ellos?

Yo, hijos míos, soy uno de tantos, y puedo servir de ejemplo en confirmacion de esta verdad. Tengo bien presente que, siendo de vuestra edad, experimentaba en mi espíritu cosas que no experimento ahora: entonces todo me conmovia, todo me hablaba, todo me conducia á Dios. La simple vista de un Crucifijo me hacia verter lágrimas, la lectura de un libro devoto me inflamaba el corazon, la relacion de la vida de un Santo me conmovia fuertemente el alma; cuando ahora nada me mueve, nada me impresiona. El Señor ha hecho conmigo lo que hacen ciertas madres con sus hijos, las cuales, mientras son pequeñitos, les hacen muchas caricias y los alimentan con dulces; y cuando los tienen ya grandes, los tratan con severidad y les dan á comer pan duro. No digo esto para quejarme de Dios, pues conozco que me trata como merezco, y gracias aun de que se digne admitirme á su servicio; lo digo para que entendais que, generalmente hablando, la niñez es la época dichosa en que Dios, digámoslo así, se divierte con las almas, las regala, las acaricia, manifestándoles de mil modos su amor y cariño.

Ahora bien, amados míos, un Dios que tan ardentemente desea verse amado y servido de vosotros, un Dios que, para conseguirlo, os muestra de su parte un afecto tan tierno y amoroso, un Dios que os dispensa tantas gracias y favores, ¿no merece que vosotros le ameis con todo el corazon, con toda el alma? ¿Qué decís?—(Si, padre). ¿No seria hacerle la mayor de todas las injurias esperar á servirle en edad mas

adelantada, y entre tanto emplear esta hermosa estacion en ofenderle?—(Si, padre). Pues prometedme, hijos, que nunca ofenderéis mortalmente á este buen Señor, y que no daréis á otro que á él vuestro tierno corazon. ¿Me lo prometéis?—(Si, padre). ¿Y puedo yo prometerme que cumpliréis la palabra que acabais de darme?—(Si, padre). Ángel tutelar de este templo, recoge las palabras que acaban de pronunciar estos niños; y presentándolas ante el trono del Altísimo, suplícale les dé su santa gracia para que las cumplan fielmente. Y Vos, Virgen santísima, echadles vuestra santa bendicion, mientras yo y ellos, postrados humildemente á vuestros piés, os saludamos con tres *Ave Marias*.

TERCER DIA DE EJERCICIOS.

El ejercicio de la mañana se hará como el primer dia, teniendo presente la observacion que allí se hizo sobre la oportuna variacion del catecismo.

El del mediodía hágase tambien como está notado para el primer dia, á excepcion del exámen que se propondrá en la forma siguiente:

Efectos espantosos de la mala comunión.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Habiéndoos explicado en los dias anteriores el gran pecado que es recibir indignamente el sagrado Cuerpo de Jesucristo, debo explicaros hoy los grandes castigos que Dios suele dar á los que tienen la osadía de cometerlo. Estos castigos son

tan grandes, espantosos y formidables, que la lengua se resiste á explicarlos. Yo advierto una cosa muy singular en el comportamiento que tiene la Iglesia con los profanadores de la Eucaristía, y es que, habiendo ella señalado penas, y muy graves, para cási todas las clases de delitos, ninguna ha señalado para los que reciben indignamente la sagrada comunión, y esto que cometen uno de los delitos mas graves y espantosos. ¿Por qué será esto? ¿Será que la Iglesia no hace gran caso de este pecado? Todo lo contrario, hijos míos; es que sabiendo ella los grandes males que la justicia de Dios descarga sobre los que lo cometen, no quiere imponerles nuevas penas, porque comprende que hártos castigados quedan los infelices. ¿Y qué males envía Dios á los que comulgan en pecado?

Podréis conocerlo, hijos míos, por los que envió á Judas, que fue el primero que profanó este gran Sacramento. Apenas el desgraciado hubo comido indignamente el Cuerpo del Salvador, el demonio entró en él, se apoderó de su alma, le precipitó en los mas horrendos pecados, hasta que de culpa en culpa le indujo á quitarse la vida, poniéndose un dogal y colgándose miserablemente de una higuera. No quiero decir que todos los que, á imitación suya, reciben indignamente el Cuerpo de Jesucristo, lleguen á atentar contra su vida y se procuren una muerte violenta y prematura; lo que quiero decir es, que algunos la encuentran sin buscarla, y que mueren antes de tiempo por haber comido indignamente el Pan consagrado. ¿Por qué pensais, decia san Pablo á los cristianos de Corinto, que entre vosotros hay muchos enfermos, muchos aquejados de dolencias extrañas, muchos que mueren con muerte repentina? Todo esto sucede, les decia el mismo Apóstol, porque hay muchos que reciben indignamente el cuerpo del Señor: *Ideo inter vos multi infirmi, et imbecilles, et dor-*

*miunt multi*¹. Por manera, hijos míos, que la comunión sacrilega es para algunos como el agua que la Escritura llama de los celos, la cual, bebida en mala disposición, quemaba las entrañas y hacia morir tan pronta como miserablemente. Y así, si vosotros quereis alejar el peligro de morir con muerte repentina y prematura, poned cuidado en no recibir jamás en pecado la sagrada comunión.

Pero no es este el castigo que mas debeis temer, porque, aunque muy grande, al fin es un castigo puramente temporal, y no siempre se verifica: el castigo que mas temor debe inspiraros, es el castigo espiritual, que nunca falta á los profanadores del Cuerpo de Jesucristo. Tan pronto como Judas hubo comulgado indignamente, cayeron sobre su entendimiento unas tinieblas tan densas y espantosas, que el infeliz, á manera de un hombre que anda á tientas en oscura noche, nada vió de cuanto podia hacerle volver en sí y retraerle de su pecado. La Escritura santa, para significarnos la grande oscuridad que la comunión sacrilega derramó en el entendimiento de aquel desgraciado, nos advierte que cuando comulgó era de noche: *Cùm accepisset buccellam, exivit continuò. Erat autem nox*². ¿Por qué no dice tambien que era de noche cuando vendió á Jesucristo, cuando fué á prenderle en el huerto y cuando con un beso le entregó á los esbirros, siendo así que tambien lo era? Para que entendamos que estos pecados, aunque muy graves, no hicieron en él un efecto tan terrible como hizo la mala comunión, la cual, como ya os he dicho, de tal modo le cegó el entendimiento, que el miserable corrió á su perdición, sin que bastasen para detenerle ni la voz de su propia conciencia, ni las amenazas de Dios, ni los milagros de Jesucristo.

¹ I Cor. XIII, 30. — ² Joan. XIII, 30.

No creais, hijos míos, que este terrible efecto de la mala comunión lo haya experimentado solamente Judas ; lo experimentan también, mas ó menos, todos los que, como él, reciben en pecado el cuerpo del Salvador. Estos desgraciados caen desde luego en un terrible abandono de parte de Dios : el cielo, digámoslo así, se oscurece para ellos ; ya no caen sobre sus almas aquellas luces extraordinarias que descubren claramente el camino de la perdición ; ya van caminando á ciegas, sin ver los lazos y precipicios que por todas partes les rodean ; ya van precipitándose de una culpa á otra, hasta que, si una gracia muy particular de Dios no viene á socorrerlos, van á dar en lo mas profundo del abismo.

Será tal vez por esto que el apóstol san Pablo dice de los que indignamente comulgan, que ellos comen su propio juicio y su misma condenación : *Qui enim manducat et bibit indignè, judicium sibi manducat et bibit*¹. No quiere significarnos con esto el santo Apóstol, que quien come en pecado el Cuerpo de Jesucristo quede ya irremisiblemente juzgado y condenado ; lo que quiere hacernos entender es, que de tal modo se cierra él mismo los caminos de salud, que casi no le queda esperanza de remedio. En efecto, vemos que entre los mismos verdugos que dieron muerte á Jesucristo hubo algunos que lloraron su pecado, mereciéndoles la conversión la misma sangre que acababan de derramar ; pero vemos que el primer profanador de la Eucaristía, Judas, apenas comió el Pan de vida, se obstinó mas en su malicia, como si aquel pecado hubiera puesto el sello á su eterna reprobación.

Hijos míos : ¿ os horroriza un castigo tan espantoso ? cuidado no venga sobre vosotros el día que comulgaréis. Para evitarlo practicad cuidadosamente lo que con el apóstol san

¹ I Cor. XI, 29.

Pablo dias há os vengo inculcando, á saber, que registreis bien todos los senos de vuestra conciencia antes de acercaros á la santa mesa para comulgar. Digo registreis bien, para indicaros que no basta un exámen superficial y ligero ; sino que habeis de hacer un exámen profundo y detenido, bajo la persuasión de que con una sola culpa mortal que os quede sin descubrir por poco cuidado y atención, habrá lo bastante para que hagais una comunión sacrilega, y os atraigais los horrendos castigos que acabo de explicaros. El exámen de hoy debe versar sobre el quinto y sexto mandamientos, en orden á los cuales hay muchas cosas que advertir : escuchadlas atentamente.

El quinto mandamiento dice : *No matarás*. Sobre este mandamiento examinad : 1.º si habeis tratado malamente á vuestro prójimo de palabra ó con obras ; si, riñendo entre vosotros, os habeis hecho daño con palos ó pedradas ; ó si habeis tenido deseo de dañar á alguno en su persona ó en sus bienes : 2.º si habeis deseado sucediese algun mal á alguna persona ; si os habeis alegrado de que le haya venido ; si pudiendo evitar que le viniese, habeis dejado de hacerlo por mala voluntad : 3.º si habeis echado imprecaciones con ánimo de que se cumpliesen ; si habeis tenido odio ó rencor á alguna persona ; si por esto habeis dejado de saludarla, ó no habeis querido tratar con ella : 4.º si os habeis enojado ó encendido en cólera contra quien os molestaba, ya fuese jugando entre vosotros, ya fuese que alguno os diese algun aviso ó reprehension : 5.º si con despecho os habeis deseado la muerte ú otro mal á vosotros mismos ; si os habeis embriagado hasta el punto de perder el uso de la razón ; si os habeis perjudicado la salud comiendo sal, tierra, carbon ú otras sustancias dañosas. Estos son los puntos principales que debeis examinar en cuanto al quinto mandamiento.

El sexto dice : *No fornicarás*. Sobre este precepto debéis examinar : 1.º si habeis hecho alguna cosa fea ó deshonesta, ó con vosotros mismos, ó con algun otro niño ó niña : 2.º si habeis escuchado ó mirado alguna cosa fea, ya en casa, ya en el campo, ya en algun otro lugar : 3.º si habeis tenido deseos de hacer alguna cosa deshonesta con alguna persona, ya fuese parienta, ya fuese casada, ya fuese soltera : 4.º si os habeis entretenido en pensar en cosas feas, hallando gusto en ello, y advirtiéndolo que pecábais : 5.º si habeis hablado de cosas deshonestas, ó habeis escuchado con gusto cuando otros las hablaban : 6.º si habeis enseñado á algun otro niño ó niña el hacer cosas feas, ó si los habeis inducido á hacerlas con palabras ó acciones : 7.º si habeis hecho alguna accion fea con bestias, ú os deleitásteis en mirarlas cuando ellas las hacian.

Aquí teneis, hijos míos, toda la materia del exámen de hoy: aplicaos á examinaros bien sobre cada uno de los puntos que comprende; y á fin de que nada os pase por alto por distraccion ú olvido, pidamos á María santísima os alcance para ello la luz conveniente, rezándole al efecto una *Salve*.

El ejercicio de la noche se hará como el primer dia, menos la plática que será la que sigue :

Todo depende de la primera edad.

Memento Creatoris tui in diebus
juventutis tuæ. (*Eccles.* xii, 1).

Tengo muy presente, amados niños, que habiendo vosotros oido ayer el grande amor que Dios os tiene, las gracias particulares que os hace, y lo mucho que desea verse amado y servido de vosotros, movidos de estas tiernas reflexiones, resolvísteis amarle y servirle con todo el corazon desde ahora

y por siempre, y lo dijísteis públicamente en voz alta delante de todos los que estaban aquí presentes. ¿Y vosotros lo teneis presente, hijos?— (*Si, padre*). Pues para animaros todavía mas á cumplir con toda fidelidad lo que ayer prometísteis, vengo hoy á haceros ver que vuestra eterna salvacion depende en gran parte, por no decir del todo, de la conducta que observaréis en esta primera edad; por manera que si ahora llevais una vida inocente y virtuosa, es moralmente cierto que os salvaréis; pero si llevais una vida viciosa y culpable, es casi seguro que os perderéis.

¡Pluguiera á Dios, estimados míos, que todos los hombres comprendiesen bien esta verdad, á saber, que la eternidad feliz ó desgraciada que les espera despues de esta vida, depende en gran parte de esta primera edad, que la mayor parte de ellos emplean tan mal! Ellos se figuran que el salvarse ó condenarse solo depende de los últimos momentos de la vida, sin que en nada contribuya en ello el buen ó mal comportamiento que se ha tenido en la primera edad. ¡Qué error! ¡qué desatino! Yo confio haceros ver todo lo contrario, aduciendo para ello la autoridad del mismo Dios, las razones de la luz natural, y los ejemplos que nos suministra la historia. Estadme atentos, y quedaréis convencidos de esta verdad.

Como el saber de dónde proviene nuestra salvacion ó condenacion es cosa absolutamente necesaria, Dios, infinitamente misericordioso, no ha querido viviésemos en oscuras sobre un punto tan importante; y por esto nos lo ha manifestado del modo mas claro y patente en los Libros santos, á fin de que nadie se pierda por ignorancia ó imprevision. ¿Y qué nos ha dicho Dios sobre este particular? Nos ha dicho que de nuestra primera edad depende todo, y que segun el camino que en

ella tomarémos, será dichoso ó desgraciado nuestro fin. ¿Aduciré aquí todos los lugares de la santa Escritura donde se nos inculca esta importantísima verdad? Sería casi imposible; pues apenas hay libro, apenas hay página en que el Espíritu Santo no nos señale la primera edad como el origen, como el principio de nuestra salud ó perdición.

Abramos el libro de Jeremías, y desde luego hallarémos que Dios nos dice: «Dichoso el hombre que lleva el yugo del Señor desde su juventud, ... porque no será rechazado de Dios eternamente ¹.» Leamos el de los Proverbios, y encontraremos este notable documento: «El hombre sigue hasta la vejez aquel mismo camino que emprendió en la mocedad ².» Registremos el de Job, y leerémos esta sentencia espantosa: «Los vicios de la juventud penetran hasta el meollo de los huesos, acompañan al hombre hasta la muerte, y duermen con él en la tumba ³.» Leamos el del Eclesiástico, y verémos que el Espíritu Santo dirige á los jóvenes estas tiernísimas palabras, capaces de conmover el corazón mas insensible: «Hijo mio, abraza desde tu mocedad el santo temor de Dios, y adquirirás una sabiduría que durará hasta el fin de tu vida. Aplícate á la virtud con solicitud y esmero, que si bien te costará un poco al principio, no pasará mucho tiempo sin que recojas sus hermosos y saludables frutos. Es verdad que la virtud parece áspera y difícil; pero es solo á los insensatos y viciosos que no quieren gustarla... Los que una vez la gustaron, la encuentran tan agradable que, lejos de abandonarla, la conservan hasta el fin de su vida, y hasta ver el total cumplimiento de su exaltacion en la gloria ⁴.»

¿Qué quiere decirnos, hijos míos, el Espíritu Santo con

¹ Thren. III, 26, 31. — ² Prov. XXII, 6. — ³ Job, XX, 11.
⁴ Eccli. VI, 18, 19, 20, 22, 23.

este modo de hablar? Quiere decirnos que el tiempo de la juventud es de mucha mas importancia de lo que los hombres se figuran, y que toda la felicidad ó desgracia de la otra vida depende ordinariamente del empleo que hacemos de esta primera edad: por manera que quien en sus primeros años se dedica á la virtud, fácilmente persevera en ella todo el resto de su vida, y se salva; así como, por el contrario, quien en la juventud se abandona al pecado, de ordinario continúa en él hasta la muerte, y se condena.

Para que estas verdades queden mas profundamente grabadas en vuestro corazón, voy á probarlas con algunas razones que nos suministra la misma luz natural; entre las cuales la primera y principal es, que los hábitos contraídos en la juventud se arraigan tan profundamente en la persona, que, convirtiéndose en segunda naturaleza, se conservan por mucho tiempo, y muy difícilmente se arrancan. Esto tal vez os parecerá increíble; pero no hay cosa mas cierta. Así como la lana siempre conserva algo del primer tinte, por mas que se la lave; y así como la vasija de barro conserva por mucho tiempo el olor del primer licor que contuvo, por mas que se la limpie; del mismo modo el hombre suele conservar las virtudes y los vicios que contrajo en sus primeros años, no dejándolos en todo el resto de su vida. Ahora entenderéis, hijos míos, por qué se ven muchas personas ancianas privadas de toda clase de virtud: es porque no la adquirieron en la mocedad, que era el tiempo propio para hacerlo. Los infelices dejaron pasar la buena ocasión, no adquirieron la virtud cuando era tiempo de adquirirla; y ahora les sucede lo que al labrador perezoso, que no habiendo cultivado sus campos en la primavera, no puede recoger fruto alguno en el otoño. Así que, si vosotros no quereis tener, como ellos, una vejez torpe y deshonrada, y caer despues en el infierno, aprovechad la

buena ocasion mientras pasa, daos á la virtud desde ahora, seguros de que ella echará hondas raíces en vuestro corazon, y no podrán arrancarla las mas fuertes tentaciones.

La razon de esto consiste en que, siendo la juventud el tiempo de las tentaciones mas violentas, una vez vencidas estas, sin gran trabajo ni dificultad se vencen todas las demás que sucesivamente se presentan en todo el curso de la vida. Cuando un alma con los auxilios de la gracia ha salido victoriosa de los combates de la juventud, poco cuidado deben darle todos los que en edad mas adelantada habrá de sostener, ya porque las tentaciones disminuyen á medida que se las resiste, ya porque la gracia de Dios se aumenta á proporcion del buen uso que se hace de ella, ya en fin porque cada dia se van adquiriendo nuevas fuerzas que ayudan á conseguir nuevas victorias. Sanson, siendo todavía niño, se acostumbró á luchar con los leones y á vencerlos; ¿y qué resultó? que, siendo despues adulto, él solo derrotaba ejércitos enteros, sin mas armas que la quijada de un asno. David, siendo igualmente de pocos años, se ejercitó en pelear con los osos y despedazarlos; ¿y qué sucedió cuando despues fue mas grandecito? que con solas cinco piedras derribó al famoso gigante Goliath, terror del pueblo de Israel. ¡Oh amados hijos! si supiérais el descanso y tranquilidad de que gozan aquellos que se han conducido valerosamente en los combates de la juventud, es bien cierto que os animaríais á resistirlos.

Para que lo comprendais os propondré, como os he prometido al principio, algunos ejemplos tomados de la Historia sagrada, por los cuales veréis que quien ha sido virtuoso en la juventud, suele permanecer tal por toda su vida, aunque se encuentre en grandes tentaciones, y se salva. El primero que os propongo es el de José, hijo del gran patriarca Jacob. Siendo jovencito, era tal el aborrecimiento que tenia al peca-

do, que no solo no pudieron pervertirle los malos ejemplos de sus mismos hermanos, sino que puso en conocimiento de su padre algunos desórdenes que les vió cometer. Observad ahora, hijos mios, cuáles fueron las consecuencias de una conducta tan buena, y cómo pasó el resto de su vida el que habia pasado en la inocencia su primera edad. Este buen jóven se vió despues acometido sucesivamente de tres grandes tentaciones, capaces cada una por sí sola para arruinar la mas radicada virtud. La primera fue verse solicitado de la mujer de su señor á cometer un adulterio detestable; pero el santo temor de Dios en que se habia criado le hizo concebir tan grande horror á este crimen, que no fueron bastantes para vencerle ni las persuaciones, ni los ruegos, ni las violencias de aquella desvergonzada mujer. De esta tentacion vino á caer en otra aun mas peligrosa; porque de resultas de no haber querido consentir en aquel pecado, fue puesto en una cárcel, donde estuvo cargado de cadenas hasta la edad de treinta años. ¡Qué tentacion tan terrible, verse castigado siendo inocente, y sufrir una gran pena por no haber querido cometer un gran delito! Pero el buen jóven, acostumbrado desde sus primeros años á ejercitar la paciencia, sufrió este contratiempo con admirable resignacion, bendiciendo á Dios en medio de su desgracia. Á estas dos tentaciones siguió otra todavía mas terrible; porque el Rey de Egipto, conociendo su gran prudencia y virtud, no solo le libertó de la prision, sino que le hizo el primer ministro de su reino, y le dió el mando general de todos sus Estados. En este alto grado de fortuna, en que suelen apoderarse del hombre la soberbia, la avaricia y el olvido de Dios, José permaneció firme en su primera virtud, conduciéndose con tal tino y probidad, que se atrajo las bendiciones de todo el mundo. ¿Veis, hijos mios, lo que vale una virtud adquirida desde los primeros años?

Me contentaria con solo este ejemplo, si no me ocurriese otro que viene muy al caso, y que deseo escuchéis con toda atención, especialmente vosotras, niñas. Hablo de la casta Susana, hija de un tal Helcías, hombre muy noble y rico. Esta señora habia recibido de sus padres una educacion del todo conforme á la ley de Moisés; y supo aprovecharse tanto de ella, que pasó sus primeros años en la mayor inocencia y virtud. Siendo despues de edad ya mas adelantada, se vió en el mas grande apuro que verse pueda una mujer virtuosa y honrada; porque dos grandes personâjes, cegados por su hermosura, trataron de echarle un borron en la pureza. Para conseguir su depravado intento, no hubo medio que no empleasen, ni recurso de que no echasen mano. Halagos, promesas, amenazas, todo lo emplearon para rendir su constancia. Pero la virtuosa matrona, sostenida del santo temor de Dios que habia aprendido en su niñez, de todo triunfó, prefiriendo morir inocente antes que vivir deshonrada.

Así suelen terminar su gloriosa carrera los que han comenzado á practicar la virtud en sus primeros años; resultando de aquí, que quien en dicha edad ama de veras á Dios y le sirve, tiene una certeza moral de su eterna salvacion; así como, por el contrario, quien comienza su carrera con vicios y pecados, tiene fundados motivos para temer una condenacion eterna. ¿Estais, hijos mios, persuadidos de estas verdades? —(Sí, padre). ¿Estais resueltos á obrar conforme á ellas? —(Sí, padre). Ratificadme, pues, la promesa que me hicisteis ayer de consagrar vuestra juventud al amor y servicio de Dios nuestro Señor: ¿me la ratificais?—(Sí, padre). Nada mas quiero pedir por hoy, mi corazon queda satisfecho con esto; solo os convido á saludar con tres *Ave Marías* á esa bendita Señora, para que eche sobre mí y vosotros su santa bendicion.

CUARTO DIA DE EJERCICIOS.

El ejercicio de la mañana se hará como ayer.

El del mediodía se hará igualmente como ayer, substituyendo al exâmen que allí se puso, el siguiente :

Gran don de la Eucaristía.

Probet autem seipsum homo, et sic de pane illo edat. (I Cor. xi, 28).

Si por manos de un Ángel Jesucristo os enviase un retal de aquel sagrado lienzo con que la Verónica le enjugó el rostro cuando con la cruz á costas subia al Calvario, ó un pedazo de aquella santa sábana en que su bendito cuerpo fue envuelto en el sepulcro, ó un fragmento de aquella túnica inconsútil que le hizo su amorosa Madre, y que él llevó hasta la hora de ser crucificado, ¿qué haríais, hijos mios? Yo no dudo que, viéndos favorecidos con un regalo tan precioso, os tendríais por las criaturas mas dichosas del mundo, y que cada vez que pondríais en él la vista, reflexionando que fue santificado con el contacto inmediato del cuerpo del Salvador, os postraríais ante él con la mayor humildad y reverencia, le bañaríais con las mas dulces y amorosas lágrimas, y no os cansaríais de darle ósculos los mas tiernos y afectuosos. ¿No es verdad que lo haríais?—(Sí, padre).

¿Con qué amor, pues, con qué reverencia, con qué afecto y ternura debeis recibir el regalo preciosísimo que os hará Jesucristo el domingo próximo? ¡Ah, hijos mios! el amantísimo Salvador no se contentará ya con regalaros alguna prenda que haya tocado su cuerpo sacratísimo; este seria regalo muy pe-